EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA PRIMERA, EN LA FRENTE...

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON LUIS PACHECO.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Amor en la ausencia	1	D. Ángel Rodriguez	Todo.
Bodas trágicas	1	José Echegaray	»
El amor y la sotana	1	J. y Tomás de Asensi	»
El hombre perro	1	Joaquin G. de Lima	»
El que al corazon no llama	1	Manuel Urban	»
El sargento y el patan	1	Cárlos Calvacho	»
El tio Anguilla	1	Antonio Rodriguez	»
El verdugo de sí mismo	1	Ángel Rodriguez	»
Jugar con la misma carta	1	Tomás de Asensi	»
La bruja Celestina	1	Cárlos Calvacho	»
La flor del humbrío	1	Ángel Rodriguez	»
La más preciada riqueza	1	Franc. Flores García	»
La perra de mi mujer	1	J. Jackson Veyan	»
Las dos bellezas	1	Leopoldo Parejo	»
Los sustos	1	Antonio Rodriguez	»
Llevar la corriente	1	F. Flores García	»
Paz octaviana	1	Manuel Nogueras	»
Peor que mi suegra	1	Eduardo Navarro	»
Sobre la marcha	1	Pelayo del Castillo	»
Una chica alemana	1	E. de S. Fuentes	»
Una mujer por dos horas	1	Joaquin G. de Lima	»
Una palabra empeñada	1	M. Baquero	»
Vaya un viaje	1	Pascual Cuellar	»
¡Al santo, al santo!	2	M. Echegaray	»
Curarse de mal de suegra	2	M. Vallejo	»
Cuenca por Alfonso VIII	3	Sres. Borlado y Lumbrs.	»
El Doctor Diógenes	3	José Zorrilla y Luis Pacheco	» »
El ramo de flores	3	P. y Moreno Godino	Mitad.
El yerno del señor Manzano	3	E. Carbou y Ferrer y J. M. y Santiago	Todo.
Las consecuencias	3	D. Joaquin G. de Lima	»
La deshonra	5	Manuel Nogueras	»

LA PRIMERA, EN LA FRENTE...

A mi apreciable amigo
D. Francisco Bañares

El Autor

LA PRIMERA, EN LA FRENTE...

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON LUIS PACHECO.

Estrenada por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 30 de Setiembre de 1878.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRA. ÁLVAREZ TUBAU.
CLARA	SRA. VALVERDE.
ÁNGELES	SRTA. BALLESTEROS.
ÁLVARO	SR. AGUIRRE.
CÁRLOS	MARIO.
UN CRIADO	LA HOZ.

En Madrid.—Época actual.

A MI QUERIDA AURORA.

Quiera Dios, hija mia, que no tengas que recordar nunca á tus padres el cumplimiento de sus deberes.

El Autor,

ACTO PRIMERO.

Despacho. Puerta al foro y laterales segundos términos. Primero derecha chimenea. Mesa escritorio primero izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ÁLVARO sentado á la mesa con una cartera en las manos, figurando que coloca algo en ella.

Esto es... Soy un infame! un seductor! un pillo! Tengo una mujer encantadora; la amo con delirio; vivo en paz y en gracia de Dios, como vulgarmente suele decirse, y arriesgo mi bienestar en aras de una aventura, cuyo desenlace va á ser más difícil que la paz de Oriente. Ay! Ángeles, Ángeles! y cuántos disgustos me van á costar tus amores! maldito hipódromo! en él te ví, en él me enamoraron tus gracias, y desde él te seguí á la calle de la Colegiata, número sesenta y dos, en donde vives y en donde supe por la chismosa de tu portera que te llamabas Ángeles Montalvan, que eras soltera y de una virtud lucreciana. Empecé á rondarte, te escribí bajo el nombre supuesto de Ricardo de Santa-Marta, y creyéndome soltero accediste á mi amor hace dos meses... Dos meses de amores platónicos como pudiera tenerlos

el colegial más inocente de cuantos pisan católicos colegios. Te pido un retrato, me le das, y para que mi mujer no lo descubra, lo coloco en el secreto de esta cartera. Pero en cambio hoy voy á regalarte un medio aderezo, (Saca un estuche del bolsillo del gaban.) porque dádivas quebrantan peñas. Álguien se acerca! Ocultemos estos criminales objetos de arte. (Mete la cartera en el cajon del centro de la mesa y el estuche en el bolsillo.)

ESCENA II.

ÁLVARO y CÁRLOS.

CARLOS. Buenos dias, Álvaro.

ALVARO. Buenos te los dé Dios, hermano. Mucho madrugas.

CARLOS. Ya hace más de dos horas que dejé la cama para dedicarme al estudio.

ALVARO. Siempre lo mismo.

CARLOS. Qué quieres? La difícil carrera á que desgraciadamente me he dedicado, no se concluye nunca, y tal vez no me equivocara si te dijera que cada dia se sabe ménos. La medicina es la ciencia más oscura...

ALVARO. Sí; pero con ella has logrado hacer un nombre y un capital.

CARLOS. Á más de cuatro les ha costado la piel el que yo sea rico. Y hablando de riquezas, ¿sabes á lo que vengo? (Se sienta.)

ALVARO. Si no me lo dices...

CARLOS. Pues á que me prestes dinero. Tengo que pagar hoy mismo una cuenta y me falta un pico.

ALVARO. Como cuánto?

CARLOS. Como tres mil reales.

ALVARO. Poco es. Cuenta con ellos. Precisamente los cobré ayer y aún los llevo en la cartera.

CARLOS. De algun pleito?

ALVARO. De un divorcio. Resultado de la infidelidad conyugal; la vergüenza y la ruina.

CARLOS. No nos arruinaremos nosotros por eso.

ALVARO. Nosotros? ¿Qué desatino!

CARLOS. Nosotros hemos cifrado nuestro bienestar en la paz del matrimonio.

ALVARO. En el cariño de la familia.

CARLOS. En seguir una conducta ejemplar, en odiar las intrigas, los líos.

ALVARO. Maridos de dos mujeres encantadoras, seríamos unos infames si no pagáramos con el nuestro el cariño inmenso que nos profesan.

CARLOS. La tuya es un modelo de virtud, de amabilidad, y encierra en su pecho hácia tí una confianza tan ciega...

ALVARO. Nadie diría sino que tienes alguna queja de la tuya.

CARLOS. Nada de eso; la mia es otro modelo de esposas... pero sus celos...

ALVARO. Efectivamente, es algo celosa. Sus razones tendrá.

CARLOS. Te juro...

ALVARO. Bah!

CARLOS. Cuando te digo...

ALVARO. Á qué ocultármelo á mí? Entre hermanos... Luego, que no es un crímen del otro jueves.

CARLOS. Cómo que no? Es un crímen de los más horribles!

ALVARO. Cuando no es más que una distraccion!...

CARLOS. Un buen marido no debe tener distracciones más que en su casa. Podía tambien quererse distraer la mujer!

ALVARO. Eso no.

CARLOS. Pues lo que no quieras para tí, no lo quieras para tu próximo.

ALVARO. Las leyes... la sociedad... permiten al hombre...

CARLOS. Faltar á los deberes que Dios le ha impuesto? Pero en cambio á la pobre mujer no la permíte nada. Cómo se conoce que esas leyes de que hablas no las han hecho ellas, que no son ellas las que rigen la sociedad! Y sobre todo, la mujer vino al mundo á ser la compañera del hombre, no su esclava: el Señor formó á ambos de la misma materia para que en nada se diferenciaran, deben por lo tanto ser iguales en todo; deben tener los mismos deberes y los mismos derechos.

ALVARO. (Digo, si me escurro y le cuento...) Celebro, Cárlos,

oirte hablar así, saber que tus ideas con respecto al matrimonio son las mias, porque yo pienso lo mismo, y lo que ahora dije... fué..

CARLOS. Con el objeto de sonsacarme?

ALVARO. Precisamente.

CARLOS. Pues te has llevado chasco, que soy el mismo que cuando tenía diez años, que cuando nuestro difunto y querido padre nos puso á estudiar en el colegio politécnico. La severidad de mis principios no ha variado. Mi mujer, mi hija y mis libros son mi sola distraccion... y únicamente la bondad de mi carácter, me permite alguna que otra vez llevar plantones como los de la calle de la Colegiata.

ALVARO. Qué dices? (Si sospechara...)

CARLOS. Te has olvidado de las centinelas que me has hecho hacer, cuando tú subías á casa... de no sé quién, diciéndome que te esperara á la puerta? Cada vez que me acuerdo me pongo de un humor...

ALVARO. Es un cliente moroso á quien no puedo cobrar...

CARLOS. Ya! Y necesitas tener quien te guarde las espaldas, no sea que vayas por lana y vuelvas... siempre te ha pasado lo mismo, siempre has sido tú el que se ha metido en los compromisos y yo el que ha sufrido las consecuencias.

ALVARO. Mi mujer! Calla!

CARLOS. Callo.

ESCENA III.

DICHOS y MARÍA.

MARIA. Alvaro? Hola, Cárlos, buenos dias.

CARLOS. Buenos te los dé Dios. (Se levanta.)

MARIA. Cuánto tiempo sin verte!

CARLOS. Ando muy ocupado. Los enfermos no me dejan vivir.

MARIA. Y Clara, y tu hija?

CARLOS. Todos buenos. Á Clara la he dejado con la modista, que ha ido á probarla unos vestidos,

MARIA. Pues yo acabo de mandar por vosotros.

CARLOS. De veras? Y con qué objeto?

MARIA. Con el de que comais aquí.

CARLOS. Ha inventado tu cocinera algun guiso nuevo, ó es el santo de alguno de los de la casa?

ALVARO. Santo? (Levantándose.) Calla! pues es verdad! Torpe de mí!

CARLOS. Qué pasa?

ALVARO. Que hoy es diez y nueve de febrero.

MARIA. San Álvaro de Córdoba.

CARLOS. Tú santo?

MARIA. Vaya un hermano!

CARLOS. (Dando la mano á Álvaro.) Chico, que los tengas muy felices, y agradécele mi felicitacion á tu mujer. Los enfermos...

ALVARO. Te van á volver loco.

MARIA. No tienes tú mala excusa con los enfermos.

ALVARO. Hoy mi santo y nadie se ha acordado en la casa más que tú. Tú, mi querida María, mujercita de mi alma. Si estuviéramos solos te daba un abrazo.

MARIA. Qué cosas tienes.

CARLOS. Pues por mí no lo dejes, que yo me volveré de espaldas y me taparé los ojos. (Lo hace empujando á María hácia Álvaro.)

ALVARO. (Abrazándola.) Ángel mio! Mira; cada dia siento más no ser inmensamente rico... por tí.

CARLOS. Y yo... por mí. (Se sienta.)

ALVARO. Para no tener obligacion ninguna que me separe de tu lado; para estar siempre contigo; para satisfacer todos tus caprichos; tus menores deseos; para ser junto á tí, no un marido, sino un tierno amante.

MARIA. Álvaro, mi querido Álvaro! Soy la mujer más feliz de la tierra.

CARLOS. La más feliz? Eso no... reclamo parte de tanta felicidad para mi Clara.

MARIA. Sí, soy muy feliz.

ALVARO. Mucho?

MARIA. Todo cuanto es posible. Sólo me falta una cosa en el dia

de hoy para no tener nada que desear. Nuestro hijo... nuestro querido Emilio... si estuviera con nosotros?...

ALVARO. No estaría educándose en un colegio, y lo que para tí y para mí sería una satisfaccion, para su carrera, para su porvenir, quizás para el nuestro, sería un perjuicio. Tanto como tú siento yo que esté fuera de nuestro lado, pero conozco que es para su bien y me resigno. No es verdad, Cárlos, que debemos sacrificarnos por el bienestar de nuestro hijo?

CARLOS. Lo creo muy razonable, muy justo, y en cuanto yo pueda, haré otro tanto con la mia; pero qué quieres, estas madrazas son tan egoistas en su cariño...

MARIA. Bien, no hablemos más del asunto, teneis razon. (Á Álvaro.) Pero ofréceme que este verano me llevarás á verle.

ALVARO. Te ofrezco llevarte... si Dios quiere.

CARLOS. Y el bolsillo, que un viaje á Inglaterra no se hace así como se quiere.

MARIA. Sabes, Álvaro, que hoy va á venir á verme una compañera mia de la infancia, á quien me encontré ayer en la calle del Príncipe, y á quien no veía hacía más de quince años. Una jovencita muy guapa.

ALVARO. Sea lo que fuere, es amiga tuya y debe serlo mia.

CARLOS. Propongo una cosa. (Se levanta.)

MARIA. Á ver?

ALVARO. Dí?

CARLOS. Comemos juntos, y para terminar el dia alegremente, nos vamos al teatro de la Comedia á ver á Mario. Hoy estrena una obra nueva.

ALVARO. Aceptado.

CARLOS. Pues voy inmediatamente á ver si alcanzo un palco.

ALVARO. Y yo contigo. (De paso veré á Ángeles y la daré este aderezo.)

CARLOS. Conmigo vendrás si me das palabra de...

ALVARO. De qué?

CARLOS. De dejarme pagar.

ALVARO. Hombre!... mi santo y...

CARLOS. Pues por eso... Nada, nada, si no, no hay teatro.

MARIA. Qué capricho!
CARLOS. Conque aceptas?
ALVARO. Como quieras.
CARLOS. Entónces en marcha. (Va por el sombrero.)
MARIA. (Á Álvaro.) Toma tu sombrero y tu abrigo. (Se los da.)
ALVARO. Trae, ángel mio! (Pues señor, soy un infame!... un!...)
CARLOS. (Desde la puerta del foro.) Vamos?
ALVARO. Vamos. (Al llegar á la puerta del foro Cárlos obliga á Álvaro á abrazar á María.) Adios, María!

ESCENA IV.

MARÍA.

Por más que diga Cárlos, no hay en el mundo una mujer tan feliz como yo. Amada con delirio de mi esposo, idolatrada por mi hijo... ángel de mis entrañas, encerrado hace más de dos años en un colegio de Inglaterra... sin ver á su madre... pero tiene razon Álvaro, así será con el tiempo un hombre de provecho, orgullo y apoyo de nuestra vejez. Lo que es el cariño maternal; en el momento en que he nombrado á mi hijo, me he olvidado de mi marido, de mi felicidad, de todo cuanto distraía mi imaginacion hace un momento.

CLARA. (Dentro.) Dónde está?
MARIA. La voz de Clara.

ESCENA V.

MARÍA y CLARA.

CLARA. María! (Besándola.)
MARIA. Clara! Pronto has venido? Estabas vestida cuando recibiste el recado?
CLARA. Vestida estaba y dispuesta á venir á verte.
MARIA. De veras?
CLARA. Sí, María, sí, venía á verte con dos objetos; el primero, con el de dar los dias á tu marido, y el segundo, con el de decirte que soy muy desgraciada.

MARIA. Desgraciada tú?

CLARA. Pero mucho! Mas que ninguna mujer lo es en este mundo.

MARIA. Clara, tú exageras.

CLARA. Ay! ojalá! ojalá que lo acabo de saber!...

MARIA. Algun chisme, algun cuento inventado por persona que de seguro no te quiere muy bien.

CLARA. Ni bien ni mal, porque no me quiere... es verdad que á mí no me quiere nadie en este mundo.

MARIA. Clara!

CLARA. Tienes razon, perdóname, María, pero ponte en mi lugar, y dime si no tengo razon para estar desesperada, para hacer un disparate.

MARIA. Calma, mujer, y sepamos qué es ello.

CLARA. No te lo he dicho todavía?

MARIA. No: hasta ahora no me has dicho más, que eres muy desgraciada.

CLARA. Tienes razon. Pues oye, que aun cuando es largo de contar, te lo explicaré en dos palabras.

MARIA. Veamos.

CLARA. (Sollozando.) Mi marido no me quiere!

MARIA. Qué dices?

CLARA. (Rompiendo á llorar.) Es un infame que ama á otra!!

MARIA. Celos? Vamos, Clara, no llores y explícame en qué te fundas para creer que Cárlos falta á sus deberes. Qué ha pasado?

CLARA. No, si no ha pasado, si está pasando.

MARIA. Bien, sea el tiempo el que fuere, habla.

CLARA. Pues oye y estremécete. Yo ya tenía mis sospechas, ya estaba convencida de que Cárlos era infiel, porque siendo hombre no podía dejar de serlo.

MARIA. Vaya una razon. Yo estoy casada y...

CLARA. Es que tu marido es una excepcion de la regla... Ay! cuánto daría yo porque el mio se pareciera al tuyo.

MARIA. Hermanos son.

CLARA. Sí; pero en toda familia hay un Judas y ese Judas es Cárlos.

MARIA. Tú estás loca.

CLARA. No he de estarlo? Ponte en mi lugar...

MARIA. Me pondré así que lo sepa.

CLARA. Es cierto. Escucha. Mi antigua modista, la de la calle de Carretas, ha dejado de vestirme, por... por causas que no son del caso.

MARIA. Bien.

CLARA. La nueva, la que ahora he tomado, que vive en la calle de la Colegiata, me está haciendo unos vestidos, y hoy... hoy... Vamos, si no quisiera acordarme!

MARIA. Sigue.

CLARA. Pues hoy ha venido á probármelos una oficiala... una charlatana impertinente! pero que hace muy bien en hablar... sí señor, muy bien!

MARIA. Mujer, tú te lo dices todo. Continúa.

CLARA. Ya habíamos visto los defectos que tenían los trajes, y mientras yo me dedicaba á escoger los adornos que se les debían poner, ella... la oficiala, se entretuvo en mirar el álbum de los retratos: porque no hay en el mundo seres más imprudentes ni más curiosos que las modistas! Ay! y qué bien hizo en serlo! qué bien hizo!

MARIA. Sí, hizo bien, pero sigue.

CLARA. De repente exclamó: «Ay! yo conozco á este señorito.» Y yo que desde donde estaba veía el álbum, me encontré con que el señorito en cuestion era mi marido. Cárlos! Te enteras?

MARIA. Y qué mal hay en que á tu marido le conozca la oficiala de tu modista?

CLARA. No, si el mal no está en la oficiala, sino en la otra!

MARIA. Qué otra?

CLARA. Pronto lo sabrás. Yo, que como te he dicho estaba escamada, extrañándome que aquella mujer conociera á Cárlos, dije con indiferencia. Ese?... es un conocido de mi esposo. «Bien hace el oso...» estas son sus palabras; «bien hace el oso por enfrente de mi taller; buenos plantones se dá en la puerta del número sesenta y dos.» Plantones! Mi marido dándose plantones!!

MARIA. Será la casa de algun enfermo?

CLARA. Un médico esperando en la puerta de la casa de un enfermo?... fácil es... en la cabecera de la cama no se detienen. Pero oye, que aún no he concluido. «Chalao...» te digo sus mismas palabras. «Chaloo ésta y de veras por ella, porque lo que es á mí... vamos, que no... que yo ya la había dicho, que si quería centinela, se hiciera alcaldesa ó capitana generala.» Me levanté de la butaca, me fuí á su lado, y señalándola el retrato de Cárlos, la dije: pero está usted segura de que este caballero es el que usted dice? «Vaya si lo estoy...» me contestó, «como que por el leon de Mr. Bidel le conocemos todas en el obrador.» No quise oir más y la despaché. Negarás ahora que soy muy desgraciada? Quién es ella? Quién es esa mujer que tiene á mi marido de centinela? (Llorando.)

MARIA. Vamos, Clara, vamos, esas no son más que habladurías de una modista, de las cuales no hay que hacer caso.

CLARA. Pero... y esos plantones!!

MARIA. Serán mentira, se habrá equivocado, alguno que se le parezca; en fin, todo se aclarará, y tú serás la primera que te arrepientas de tus criminales sospechas. Sobre todo, no digas á nadie una palabra sobre el particular, y á Cárlos ménos que á nadie.

CLARA. Oh! Descuida, que yo callaré con el objeto de saber más. En cuanto á tí, hazme el favor de no contárselo ni aun á tu marido. Y si Cárlos es culpable, yo te juro que ántes de veinticuatro horas, le he de presentar tales pruebas de su criminalidad, qoe se ha de quedar confundido.

MARIA. (Pobre Clara!)

CLARA. Dios mio! Qué desgraciada soy!

ESCENA VI.

DICHAS, y CÁRLOS.

CÁRLOS. Aquí está ya el palco. Buen trabajo me ha costado,

pero... Hola! Clara! tú aquí?

CLARA. Te pesa?

MARIA. (Á Clara.) Clara!

CARLOS. Pesarme? De ningun modo... al contrario: ya sabes que estar al lado tuyo es mi única felicidad.

CLARA. (Con ironía.) De veras?

CARLOS. No lo dudes. Y mucho más desde hoy, que voy á seguir el ejemplo de mi hermano, voy á ser muy cariñoso, pero muy cariñoso con mi mujercita de mi alma. (La quiere coger una mano y Clara la retira.)

CLARA. Qué rareza? Nunca te he visto tan tierno.

CARLOS. Es verdad: pero en lo sucesivo voy á remediar mis pasados yerros.

CLARA. En efecto; creo que harás muy bien en corregirte. (Hipócrita!)

MARIA. Clara, por Dios!

CARLOS. Qué tono? Me quieres decir Clara, lo que significa la ironía con que me hablas?

CLARA. Pregúntatelo á tí mismo. Pregúntaselo á tu conciencia y ella te responderá. (Creí poder ser dueña de mí misma, y me he equivocado.)

CARLOS. Y qué tiene que ver la conciencia con mi cariño? María, tú me puedes explicar?...

MARIA. (Pasa al centro.) Nada sé. Hace un momento estaba tan contenta...

CARLOS. Pues lo que es ahora...

MARIA. Ahora... lo que ha querido es gastar una broma contigo. (Á Clara.) (Prudencia. Clara.) (Á Cárlos.) Hacerte rabiar.

CARLOS. Pues ya lo ha conseguido, y de veras. (Se acerca á la chimenea.)

MARIA. Y Álvaro?

CARLOS. Me dejó al salir de aquí, y dijo que se iba...

CLARA. Á alguna obligacion precisa. Ah! lo que es ese, no hay cuidado de que pasee las calles inútilmente.

MARIA. Clara!

CLARA. Que haga plantones! (Si no lo digo, reviento.)

MARIA. Que lo estás echando á perder.

CLARA. Tienes razon, y me voy.

MARIA. Irte? Qué, no comes hoy con nosotros?

CLARA. Sí: pero hasta que llegue la hora, voy á tomar mis medidas. Te he dicho que ántes de veinticuatro horas he de confundir á ese infame!

CARLOS. (Mucho manotea mi mujer, se conoce que hoy corre mal viento. Me voy á la biblioteca de Alvaro y así evitaré alguna tormenta.)

ESCENA VII.

MARÍA y CLARA.

MARIA. Pero que no faltes á comer?

CLARA. Descuida.

MARIÁ. Calla! Tu marido nos ha dejado solas y se ha despedido á la francesa. Pues á la calle no ha ido, porque ahí está el sombrero.

CLARA. Nos estará escuchando. Chasco se lleva. Adios, hasta luego.

MARIA. Adios.

ESCENA VIII.

MARÍA.

Apenas puedo volver de mi sorpresa. Cárlos!.. Las sospechas de Clara son fundadas. Dios mio! Si pervirtiera á su hermano?.. Nada hay tan contagioso como el mal ejemplo. Yo lo averiguaré.

ESCENA IX.

MARÍA y ALVARO.

ALVARO. Uf! Vengo rendigo!.. No estaba y... Mi mujer!

MARIA. Alvaro? No sabes lo que pasa?

ALVARO. Alguna cosa grave?

MARIA. Grave y muy grave puede ser... pero si tú lo sabes lo mismo que yo.

ALVARO. Tal vez.

MARIA. Todo se ha descubierto.

ALVARO. Que se ha descubierto todo? (Que todo será esto, Dios mio!)

MARIA. Cárlos...

ALVARO. Qué?

MARIA. Clara lo sabe todo.

ALVARO. Pero qué sabe Clara?

MARIA. Sus intrigas.

ALVARO. Qué intrigas?

MARIA. El silencio es ya inútil. Acabamos de saber lo que hace mucho tiempo que tú sabes.

ALVARO. Pero qué se yo?

MARIA. Que tu hermano tiene ciertos amores clandestinos...

ALVARO Cárlos? Ah! tunante! Despues del sermon de moral... Á ver? cuenta... cuéntamelo todo?

MARIA. De suerte, que es verdad que tú no sabias?..

ALVARO. Ni una palabra.

MARIA. Pues yo temí que fueras su confidente.

ALVARO. Yo? Me conoce demasiado y sabe que yo no hubiera nunca sido cómplice de semejante escándalo! Pero cómo habeis descubierto?..

MARIA. Figúrate que Clara se ha hecho unos vestidos y que la oficiala de la modista... pero estoy cometiendo una indiscrecion. Cárlos nada sospecha y Clara y yo hemos convenido...

ALVARO. Pero acaba de ponerme en autos?

MARIA. He ofrecido guardar el secreto y ahora siento haberte dicho...

ALVARO. Yo te juro no decir una palabra...

MARIA. No puede ser.

ALVARO. Conque Cárlos? Pero Dios mio! entónces de quién se fia uno?

MARIA. Cualquiera que os conociera á los dos, hubiera sospechado de tí ántes que de él...

ALVARO. De mí?... Por qué?... (Asustado.)

MARIA. Porque tú eres más alegre... más aturdido...

ALVARO. Eso te probará que las apariencias engañan y que...

MARIA. (Apoyándose en el hombro de Alvaro con mucho cariño.) Alvaro?

ALVARO. María?

MARIA. Yo quisiera pedirte un favor.

ALVARO. Uno?.. cuantos quieras. Tus caprichos son mandatos para mí.

MARIA. Yo estoy segura de que Cárlos es un hombre de bien, que no tardará en reconocer sus yerros, que echará al olvido sus libertinos pensamientos, pero... te suplicaría que trataras de no ir mucho con él, temo que te pervierta.

ALVARO. Oh! sobre ese punto no tengas ningun cuidado; ni él ni todos los Mefistófeles del mundo conseguirán que yo te falte ni aun con el pensamiento.

MARIA. Qué bueno eres.

ALVARO. No tanto como tú.

MARIA. (Mirando el reló que está encima de la chimenea.) Las diez! Apuesto cualquier cosa á que no han preparado todavía el almuerzo.

ALVARO. No te apresures, porque yo tengo que salir ántes de almorzar.

MARIA. De veras? (Con sentimiento.)

ALVARO. Sí: pero no tardaré en volver; una hora lo más...

MARIA. Si es necesario?..

ALVARO. Indispensable. Un cliente moroso... (Pobres clientes!)

MARIA. Bien: pues yo voy á que lo tengan todo dispuesto para cuando vuelvas.

ALVARO. Sí: anda, anda, vida mia.

MARIA. Que no tardes?

ALVARO. Descuida... en cuanto la vea... (Tosiendo.) Ejé! ejé!

MARIA. Qué dices?

ALVARO. Maldita tós. No es nada.

MARIA. Sí, vuelve pronto, que espero á esa amiga y quisiera que hubiéramos almorzado cuando venga.

ALVARO. Al momento vuelvo.

MARIA. Pues hasta luego.

ESCENA X.

ALVARO.

Caramba! por poco la echo á perder. Eh! ya pasó. Con que Cárlos tambien hace de las suyas? Lo que voy á reirme de él en cuanto le vea. Y bien mirado, en mi hermano es un hecho abominable! En mí... no, porque el sentimiento pasajero que me ha inspirado esa chica, no tiene consecuencias y en nada puede turbar mi reposo conyugal. Luego que para esto, como para todo, se necesita de aquí. (Señalando la frente.) Y yo he tenido mucho talento ocultando mi nombre y sustituyéndole por el de Ricardo de Santa Marta. Vaya! vaya! Me voy á ver si ha vuelto Ángeles á su casa. Á donde habrá salido tan temprano? Y á mí qué me importa? (Va á coger el sombrero.)

ESCENA XI.

ALVARO y CÁRLOS.

CARLOS. Ya se fueron.

ALVARO. (Mi hermano. Lo siento, porque ahora tengo prisa.)

CARLOS. Te vas, Alvaro?

ALVARO. Sí: pero vuelvo al momento.

CARLOS. Has visto á mi mujer?

ALVARO. No: pero se que la tienes contenta.

CARLOS. Contenta? Pues que el diablo me lleve si puedo adivinar la causa.

ALVARO. Escucha, Cárlos. Yo soy tu hermano.

CARLOS. Desde que naciste.

ALVARO. En todas las situaciones difíciles de nuestra vida, tú me has ayudado á mí, como yo te he ayudado á tí. He ofrecido á mi mujer no decirte una palabra, pero eres mi sangre y nada debo ocultarte. Tus negocios marchan mal. Todo se ha descubierto.

CARLOS Que se ha descubierto todo?

ALVARO. Sí: tu mujer lo sabe todo y la mia tambien.

CARLOS. Pues las dos saben más que yo.

ALVARO. La oficiala de la modista ha estado esta mañana en tu casa ó aquí... no se... y por una indiscrecion imperdonable, lo ha revelado todo.

CARLOS. Pero quién es esa oficiala?

ALVARO. La de la modista.

CARLOS. Y quién es la modista?

ALVARO. El ama de la oficiala.

CARLOS. Vamos, aquí todos han perdido la cabeza. (Saca un cigarro y enciende una cerilla.)

ALVARO. No, Cárlos, no. Esa oficiala te conoce, te conoce perfectamente, ha descorrído el velo de tus intrigas y ha descubierto á tu mujer que tienes una querida.

CARLOS. (Absorto en lo que le dice Álvaro, se le olvida encender el cigarro y en este momento se quema los dedos, sopla y tira la cerilla.) Yo!! Caracoles!! Despacio, despacio, que á mí me revientan las bromas sobre ese particular.

ALVARO. El que me decía hace un rato: «Un buen marido no debe tener distracciones más que en su casa.» Pues á lo que parece tú te las permites en la del vecino.

CARLOS. Mira, vete al diablo tú, y la oficiala y la modista.

ALVARO. Bien, hombre, bien, me voy pues te incomodas... ya te dejo: pero escucha: todos los hombres están sujetos á debilidades y no hay que dar tanta importancia á lo que á tí te sucede. Que delante de tu mujer jures y perjures que eres inocente, está bien, muy bien: yo haría otro tanto en tu lugar, dado caso que yo me permitiera semejantes liviandades... pero conmigo... con tu hermano?... Tanta reserva es inútil.

CARLOS. Álvaro!...

ALVARO. Ya me voy... si te digo que me voy. (Aquella me estará esperando.)

CARLOS. Piensas divertirte conmigo?

ALVARO. Nada de eso. Pero debo advertirte que te espían, que siguen tus pasos. Adios! (Ángeles estará desesperada.) Te abandono á tu inmensa desgracia. Adios.

CARLOS. Pero oye?... escucha?...

ALVARO. Tengo prisa.

CARLOS. Y ese dinero que te dijo?

ALVARO. Tienes razon. (Dándole una llave.) Toma esa llave, en el cajon del centro de mi mesa lo encontrarás. Adios; que no falteis á comer. Pronto vuelvo.) (Medio mútis.) Guardáte lá llave y no se la des á nadie más que á mí. Adios.

ESCENA XII.

CÁRLOS.

Pues señor, mi hermano está loco y mi mujer y la suya. (Junto á la mesa.) En el cajon del centro? (Le abre.) Y concluirán por volverme loco á mí tambien. (Saca la cartera que guardó Álvaro en la escena primera.) Dijo que los tenía en esta cartera. (Se la mete en el bolsillo.) Cuanto más bueno es uno... Me la llevo y luégo se la devolveré. (Cierra el cajon y se guarda la llave.) Me voy á casa. (Coge el sombrero.) Una reyerta con mi mujer y una cuenta de cinco mil y pico de reales... (Poniéndose el sombrero y dirigiéndose al foro.) Hay dias que aunque no amanecieran...

(Telon rápido.)

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y CÁRLOS.

CARLOS. Qué loco? frenético me vuelvo si llevo dos dias como el de hoy. María, por las Once mil Vírgenes, cuéntame lo que sepas. Dime que lío es en el que me han metido... qué modista es esa, qué oficiala, qué morena, ni qué ojos negros son esos que tienen á mi mujer en semejante estado de hidrofobia?

MARIA. Morena? Ojos negros?

CARLOS. Ojos negros y morena, de unos veinte años.

MARIA. Yo ignoraba estos últimos detalles.

CARLOS. Pues yo los ignoro todos. Es decir, yo no sé más que esta mañana me levanté... ojalá no me hubiera levantado! y como de costumbre, me metí en mi cuarto á estudiar un par de horas. Que almorcé y me vine á veros, dejando en mi casa á mi mujer tan alegre y tan contenta; que al poco rato la hallé aquí fria y desdeñosa; que Cá[illegible]es me dijo que estaba incomodada por una modista y una oficiala, y qué se yo. Que me marché á

pagar una cuenta, y en seguida me fuí á casa, en donde encontré á Clara algo más razonable; que me puse á afeitar, y que al volver á decirla que me pusiera el lazo de la corbata, me contestó: que me lo pusiera la morena de ojos negros y de veinte años. Que armamos otra nueva pelotera, y que ella se fué por un lado y yo por otro. Esto es todo cuanto sé, y quisiera á costa de cualquier sacrificio saber por qué sé esto.

MARIA. Cárlos, oye. Yo quiero á tu mujer como á una hermana; con respecto á tí, no creo que dudes del cariño que te tengo, sois mis únicos parientes y es natural que me interesen vuestros asuntos como los mios propios... espero, por lo tanto, que lo que voy á decirte. no lo tomes por ofensa, si no por el consejo desinteresado de una hermana.

CARLOS. Habla, María, habla, y sácame de esta duda.

MARIA. Te he dicho que voy á darte un consejo útil, si lo quieres seguir y que calmará los disturbios á que has dado lugar con tu conducta extraviada.

CARLOS. Mi conducta? Yo te juro, María, que lo que de mí pensa's es falso, completamente falso, y que sólo una calumnia... un chisme...

MARIA. Sé lo que vas á decir... pero en lo sucesivo, sé más razonable, adopta mejor régimen de vida, recuerda el pasado y que te sirva de leccion para el porvenir. Toma por modelo á tu hermano... sigue su ejemplo.

CARLOS. Pero...

MARIA. Yo delante de tu mujer te he defendido, he asegurado que eras inocente, pero me he impuesto la obligacion de corregirte.

CARLOS. Corregirme?

MARIA. Pero si á pesar de todos mis esfuerzos, nada pudiera conseguir, voy á suplicarte una sola cosa... amo á Alvaro con toda mi alma, mi cariño es correspondido, nuestro matrimonio ha sido hasta hoy una balsa de aceite. Cárlos, no pierdas á tu hermano, no le des malos consejos, no le hagas olvidar sus deberes.

CARLOS. María, semejante súplica es un insulto... Yo perder á mi hermano? si no quieres que se me concluya la paciencia... calla, María!... no prosigas.

ESCENA II.

DICHOS y CLARA.

CLARA. Dice muy bien Cárlos, no prosigas, María, no prosigas si has de insultarle con semejantes suposiciones. Seducir él á tu marido? qué desatino?

CARLOS. Eso digo yo...

CLARA. Eso dice él. Seducir á su hermano... no... cá! Sí le basta con la jóven morena de ojos negros.

MARIA. Ah!

CARLOS. Volvemos al mismo tema? (Dios mio! si por desgracia y sin saberlo seré infiel á mi esposa?)

CLARA. Qué lástima de mujer! tan jóven, tan hermosa y tan infame!

CARLOS. Clara?

CLARA. Pero, no... no es ella la infame, sino tú.

CARLOS. Basta!

CLARA. Tú! Que te habrás presentado á ella diciendo que eres soltero con nombre y apellido supuestos...

CARLOS. Clara, Basta!

CLARA. Oh! es ese un medio muy comun en estos tiempos de libertinaje y escándalo!

CARLOS. Clara! Clara! Mira que vas á conseguir que el cordero se convierta en leon!

CLARA. Leon?... leon?... Yo lo creo!... El leon de monsieur Bidel!

CARLOS. Clara!! basta de burlas, basta de ridículo. Desde esta mañana todos os habeis propuesto volverme loco, concluir con mi paciencia. El uno me echa discursos de moral; los otros abominables insultos... Cuanto más digo, cuanto más intento probar mi inocencia, más aferrados estais en mi culpabilidad. Pues bien, seguid, seguid en vuestro tema, en lo sucesivo no trataré de

ustificarme, no abriré mi boca para defenderme de los crímenes de que me acusais. Huiré de vosotros, evitaré vuestra compañía para evitarme al mismo tiempo las burlas de que soy objeto.

MARIA. Cárlos!

CARLOS. Adios, María, adios!

MARIA. Y se va!

ESCENA III.

MARÍA y CLARA.

CLARA. Déjale.

MARIA. Pero no le has oido?

CLARA. Sí, y tú me vas á oirme á mí. María, mi marido es un monstruo! un vándalo! Tengo pruebas, pruebas fehacientes de su infidelidad. Hace una hora, al ir á afeitarse, me dejó el gaban y el chaleco para que la muchacha se los cepillase. ¿Pues á que no dirás lo que me encontré en el bolsillo del pecho del infernal gaban?

MARIA. Las cartas de alguna mujer?

CLARA. Las cartas no, la mujer.

MARIA. Qué dices?

CLARA. Ó el retrato de una mujer, que es lo mismo.

MARIA. De veras? Qué iniquidad! (Decididamente la compañía de Cárlos puede perjudicar á mi marido.)

CLARA. Comprenderás mi indignacion al tener entre mis manos aquella palpable prueba de su delito! Comprenderás mi ira!

MARIA. Si tal.

CLARA. Mi primera intencion fué ir á él y presentándole el retrato, armarle un escándalo!

MARIA. Y lo hiciste?...

CLARA. No lo hice. Porque con seguridad me hubiera dicho que era alguna parienta lejana ó alguna enferma á quien tenía que curar frenólogicamente; sabe Dios, cualquier embuste.

MARIA. Tienes razon. Los hombres son muy astutos.

CLARA. Yo quiero más que eso, quiero encerrarle en un cír-

culo, en el cual no encuentre excusa para poder salir.

MARIA. Clara!...

CLARA. Para no infundir sospechas, para no prevenirle de mi descubrimiento, volví á cerrar el secreto de la cartera y á colocar ésta en donde estaba. Para haber retrato debe haber correspondencia, y habiéndola yo daré con ella, y en cuanto dé con ella... en cuanto de con la *correspondencia...*

MARIA. Pues yo en tu lugar, en vez de irritarme con mi marido, buscaría el medio de hacerle olvidar sus devaneos á fuerza de cariño, de ternura... Es imposible que no se rindiera á tu amor avergonzado y arrepentido.

CLARA. Alvaro viene, me voy a tu cuarto, la vista de un marido fiel me irrita más contra el mio. (Infame! Yo, que le amaba tanto! Yo... y desde que sé que me engaña me parece mejor! Si al ménos esa mujer fuera fea!...)

ESCENA IV.

MARIA y ÁLVARO.

MARIA. En qué parará esto, Dios mio?

ALVARO. (Tampoco estaba en casa. Y son tres los paseos que me he dado hoy sin poder verla.)

MARIA. Mi marido! Parece qne no viene de muy buen humor.

ALVARO. (Dónde estará? Y yo que iba á regalarla...)

MARIA. Álvaro?

ALVARO. Eh? María?

MARIA. Qué es eso, Álvaro? Te ha sucedido algo en la calle? Has reñido con álguien?

ALVARO. No, reñir precisamente no, pero ese cliente á quien no encuentro por más que voy á su casa... ántes de almorzar, despues del almuerzo...

MARIA. Ya le encontrarás... no creo que te corra tanta prisa.

ALVARO. No; pero siempre es molesto...

MARIA. Hoy no es dia de molestarse por nada, ni por nadie. Deja tu mal humor, que bastante tenemos ya con las indiscreciones de tu hermano para no estar tranquilos.

ALVARO. Pues qué ocurre? Hay novedad?

MARIA. Una friolera. Ocurre que es necesario que tú restablezcas la paz en ese matrimonio, ó de lo contrario, no sé en lo qué va á parar.

ALVARO. Yo? La comísion que me propones es muy delicada. En las disensiones conyugales nadie debe mezclarse si no quiere salir sentenciado y con costas.

MARIA. Es verdad. Pero como tú eres de su familia... la única persona que tiene algun ascendiente sobre él... con tigo será más franco, más confidencial.

ALVARO. Conmigo? ni que lo sueñes.

MARIA. El ejemplo es la mejor escuela de la virtud. Tú puedes pintarle nuestra felicidad conyugal, hacerle ver tu régimen de conducta.

ALVARO. Mi conducta? Eso sería hacer alarde de mis buenas cualidades, demostrando muy poca ó ninguna modestia y... líbreme Dios de semejante comportamiento.

MARIA. Bien, pues no hagas eso, pero has otra cosa, porque ello es necesario hacer algo.

ALVARO. Y qué quieres que hagamos?

MARIA. Yo, no sé, pero tú tienes más talento que yo... mira que el asunto está en una disposicion que preveo una catástrofe, y la verdad; yo lo siento mucho por ellos, pero lo siento más por su hija, por esa infeliz criatura, que ninguna culpa tiene de las liviandades de su padre, y que se va á ver si esto no se arregla... Dios sabe como.

ALVARO. Efectivamente, la chica nada va á ganar.

MARIA. Ah! si recapacitaran los padres los perjuicíos que proporcionan á sus hijos con las faltas de sus deberes la mayor parte de las veces, darían al olvido sus licenciosos caprichos.

ALVARO. (Tiene razon, mi mujer... mi hijo...)

MARIA. Vamos Alvaro, vamos, coge á tu hermano, hazle ver el precipicio á que está abocado... dile, que si continúa por la senda que ha emprendido, la separacion es inevitable...

ALVARO. La separacion?...

MARIA. Clara está resuelta á entablar el divorcio, y el divorcio segun tú dices, es la vergüenza, la ruina.

ALVARO. Pero será capaz?

MARIA. Qué mujer por mucho que quiera, ve con paciencia postergar su cariño, ajar su dignidad... Oh! lo que es yo... si tuviera un marido como Cárlos...

ALVARO. María... (Esto es ya demasiado.) (Saca un pañuelo del bolsilto para secarse el sudor y se le cae el estuche.)

MARIA. Qué es eso Álvaro? (Señalando al estuehe.)

ALVARO. Nada, María, nada. (Sin hacer caso.)

MARIA. Mira lo que te se ha caido del bolsillo. (Cogiéndolo.)

ALVARO. (Dios mio!) No es nada, María. (Volviéndose y viéndolo.)

MARIA. Sí; es un estuche.

ALVARO. (El que pensaba regalar hoy á Ángeles.) Efectivamente, un medio aderezo .. que... (Tartamudeando.)

MARIA. No me lo digas, que ya lo he adivinado. Hoy es tu santo y has querido sorprenderme con él?... Eres un ángel! ..

ALVARO. (No me atrevo ni aun á hablar.)

MARIA. Qué diferencia entre tu hermano y tú. No pareceis hijos del mismo padre.

ALVARO. (Soy un vil! un asesino!)

MARIA. Y qué bonito es? El alfiler y los pendientes tienen una A.

ALVARO. (Ángeles!)

MARIA. Ya caigo. Alvaro!

ALVARO. Adios, María!

MARIA. Á dónde vas?

ALVARO. Á buscar á mi hermano... á convencerle... (Á reñir con esa mujer.) Mi sombrero. (Coge el sombrero.)

MARIA. Así te marchas? Ven á mis brazos.

ALVARO. María!

MARIA. Y no creas que estas caricias son en pago de este aderezo. La mujer propia no necesita dádivas para demostrar su cariño. Que vuelvas pronto.

ALVARO. Sí, María, sí. (Oh! esto es hecho.) Adios!

MARIA. Adios!

ESCENA V.

MARÍA.

Es un niño y yo otra niña. Quién al vernos así diría que llevamos trece años de casados! El amor verdadero y los buenos vinos, cuanto más viejos más puros. Y Cárlos que reclamaba parte de mi felicidad para su Clara.., Cárlos?... Qué conducta!... nunca la hubiera creido en él!... Bien dice Álvaro, que las apariencias engañan. (Toca el timbre.)

ESCENA VI.

MARIA y el CRIADO.

MARIA. Francisco? ha venido el cartero?
CRIADO. No señora. Aun es temprano.
MARIA. Temprano? Pues si es la una?
CRIADO. Ya no tardará en venir.
MARIA. Está bien: pues en cuanto venga qué no se olvide usted de avisarme.

ESCENA VII.

MARIA.

La una... yo creí... (Se sienta.) Quien espera desespera, y yo con más motivos, que hoy espero carta de mi hijo, de mi Emilio, felicitando á su padre... Si se le olvidará que hoy es su santo?... no lo creo, nunca le ha pasado. En fin, esperaremos á que venga el cartero.

ESCENA VIII.

MARÍA y un CRIADO.

CRIADO. Señora?
MARIA. Qué es eso?

CRIADO. Dos jóvenes preguntan por usted.

MARIA. Dos jóvenes? Han dicho su nombre?

CRIADO. Ángeles Montalvan...

MARIA. Ángeles? Que pase al momento.

ESCENA IX.

MARÍA.

Que pase, sí. Pobre Ángeles, tantos años sin vernos, queriéndonos tanto como nos queríamos. Aquí está ya!

ESCENA X.

MARÍA y ÁNGELES.

ANGELES. María?

MARIA. Ángeles? (Besándose.)

ANGELES. Qué dichosa soy al volverte á ver, al volverte á abrazar. Otro beso.

MARIA. Otro? Cuantos quieras. (Lo mismo.)

ANGELES. Si vieras cuántas veces me he acordado de tí desde que nos separamos.

MARIA. Hace lo ménos quince años.

ANGELES. No lo sé, pero hace muchos. Muchos y largos para mí, porque no han sido muy felices.

MARIA. Cómo?

ANGELES. En esos quince años he pasado tanto...

MARIA. Pobre Ángeles, y con quién has venido?

ANGELES. Con mi criada, á quien he dejado esperándome en el recibimiento.

MARIA. Está bien. Pues, cuéntame... Cuéntame qué ha sido de tu vida desde que nos vimos. (Se sientan.)

ANGELES. Como ya sabes, salimos de Búrgos, porque trasladaron á mi padre á la Coruña. Allí estuvimos seis meses, pero llegó la revolucion del sesenta y ocho y le dejaron cesante. Bajamos á Madrid, y no sin trabajos, conseguimos que al cabo de dos años le volvieran á colocar de oficial primero en el gobierno de Sevilla... allí per-

dí á mi madre. Pobre madre mia! (Con sentimiento.)

MARIA. Vamos, no llores, y si el relato del pasado ha de traer á tu memoria tristes recuerdos, dejémoslo y hablemos de otra cosa,

ANGELES. Como tú quieras.

MARIA. Hablemos del presente.

ANGELES. No es mucho más halagüeño.

MARIA. Entónces dejémosle tambien.

ANGELES. Sola con mi anciano padre, entre su corto retiro y lo poco que yo gano con mi trabajo, vamos mal viviendo.

MARIA. De suerte que no te casaste.

ANGELES. No, María, permanezco soltera; tenía demasiado en que pensar con mi desgracia para dedicarme á amoríos que, despues de todo, ninguno se presentaba con grandes síntomas de formalidad.

MARIA. Pobre amiga mia.

ANGELES. Ahora...

MARIA. Ahora qué? Hay moro en campaña?

ANGELES. Sí.

MARIA. De veras?

ANGELES. Le conocí hace poco más de un mes en el hipódromo; me siguió, y á los pocos dias recibí una carta en la que me declaraba su pasion y me pedía permiso para entrar á ver á mi padre. Se le concedió, no estando yo en casa por supuesto, y cuando volví supe que era una persona formal, abogado...

MARIA. Abogado? pues tal vez le conozca mi marido.

ANGELES. Puede.

MARIA. Cómo se llama?

ANGELES. Ricardo de Santa Marta.

MARIA. No le he oido nombrar nunca; pero se lo preguntaré á Álvaro y él nos informará de qué clase de hombre es; por él sabrámos si debes ó no debes amarle.

ANGELES. Si no debo, puede que lo sepamos por tu marido; pero en cuanto á si debo, ya es tarde.

MARIA. Le amas ya?

ANGELES. Con toda mi alma. Es tan bueno, tan cariñoso, tan for-

mal, quiere tanto á mi padre...

MARIA. Conque ya le amas?

ANGELES. Mucho: tanto, que si lo que no espero, sus intenciones no fueran las que mil veces me ha jurado; si su amor fuera mentido, si llegára un dia en que faltára á sus promesas... ese dia sería para mi padre y para mí el más desgraciado de nuestra vida.

MARIA. Y por qué no ha de cumplir lo que ofreció? Sí, Ángeles, sí, no siempre ha de estar el diablo detrás de la puerta, y tú mereces ser feliz... eres buena hija, y Dios no puede abandonarte.

ANGELES. Los hombres...

MARIA. Todas las mujeres decís lo mismo y yo...

ANGELES. Ah! sí: es verdad. Me has dicho que estás casada. Qué tal es tu marido? Te ama? Te hace feliz?

MARIA. Dentro de poco te le presentaré y verás un marido amante y complaciente.

ANGELES. Eres muy dichosa.

MARIA. No tiene más que un defecto.

ANGELES. Quien es completo en este mundo?

MARIA. No tiene ojos mas que para fijarlos en su mujer.

ANGELES. Pues guárdate de corregir tal defecto y cuenta que eres una excepcion entre las mujeres casadas,

ESCENA IX.

DICHAS y CLARA.

CLARA. María? (Viendo á Ángeles sin fijarse en ella.) Ah!

MARIA. Clara? te presento á Ángeles Montalvan, amiga mía de la niñez y que espero lo sea tuya. (Á Ángeles.) Mi hermana Clara.

CLARA. Señora, tendré un verdadero placer... (Gran Dios! qué miro?) (Mirando á Ángeles.)

MARIA. Que es eso? Has cambiado de color?

ANGELES. Qué tiene usted, señora?

CLARA. Nada: no es nada. El efecto producido por una sorpresa... (Sera ella?) Pronto pasará.

ANGELES. Se siente usted mejor?
MARIA. Una sorpre-a? No comprendo?...
CLARA. (No me cabe duda; ella es!)

ESCENA X.

DICHAS, ÁLVARO y CÁRLOS.

ALVARO. Aquí está! Ya os le traigo! Aquí está!
ANGELES. (Esa voz!...)
CARLOS. Si: aquí está la víctima!
MARIA. Álvaro? ven á ver á mi amiga de la infancia.
CLARA. (Ahora lo veremos.) Venga usted aquí. (Trayendo á Cárlos al proscenio.)
MARIA. Ángeles? este es mi marido.
ANGELES. Que veo? Ah! (Se desmaya en brazos de María.)
MARIA. Ángeles?
ALVARO. (Es ella!)
CLARA. (En cuanto te vió!!)
MARIA. Se ha desmayado.
CARLOS. No será nada.
ALVARO. (Que va á ser de mí?)
CLARA. (Cogiendo á Cárlos.) No se acerque usted á ella.
CARLOS. Clara, por Dios!
MARIA. Antonio? Rosa? Cárlos?...
CARLOS. Un poco de agua y vinagre...
ALVARO. Agua?... vinagre!... vinagre... agua... (Dando vueltas y sin dejar de hablar se marcha puerta derecha.)
CLARA. Le he dicho á usted que no se acerque!
CARLOS. Pero Clara?
MARIA. Angeles?
CLARA. Que no se acerque usted.
CARLOS. Eh! déjame en paz.
MARIA. Rosa? Antonio? Ángeles? (Cárlos se quiere acercar á Ángeles, Clara tira de él; María sigue llamando.)

(Telon rápido.)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MARIA y ÁLVARO.

MARIA. Tú te fuiste por el agua y vinagre, y no se volvió á saber de tí. Clara, anegada en llanto, se marchó á mi gabinete. Cárlos, aguijoneado por su misma conciencia, segun luégo he sabido, se fué detrás de tí, sin que se le haya vuelto á ver, y yo viéndome sola con aquella infeliz, he pasado un rato...

ALVARO. Muy malo debe haber sido, lo comprendo; pero... qué querías que yo hiciera? Avisé á Francisco y me vine aquí huyendo de la quema.

MARIA. Egoista.

ALVARO. Egoista... no: ya sabes que no lo soy... pero me hice la siguiente reflexion: la mucha gente para la guerra es buena, y en esa clase de accidentes el que no sirve estorba. Luégo... yo no conozco á tu amiga... te juro que no la conozco.

MARIA. Quién lo duda?

ALVARO. Y muchas veces hay que aligerar de ropas al enfermo... ya ves... para tener que marcharme más tarde...

MARIA. Sí, hombre, sí, tienes razon.

ALVARO. Luégo que yo soy muy impresionable, y semejantes espectáculos no me divierten.

MARIA. Es natural, tu corazon es bueno...

ALVARO. Y dí? Qué resultó? la han llevado á su casa?

MARIA. Sí, á su casa ha ido; pero he mandado otra vez á buscarla, porque... vamos, si tú no sabes lo que sucede.

ALVARO. (Que no lo sé?... Ay! Dios mio!)

MARIA. Figúrate...

ALVARO. (Vamos á oir mi causa.)

MARIA. Que despues de volver Ángeles de su desmayo y de marcharse á su casa, fuí á mi cuarto y me encontré con Clara, que entre lágrimas y sollozos, me dijo que su modista vive enfrente de casa de Ángeles.

ALVARO. En la calle de la Colegiata?

MARIA. Y cómo sabes tú?...

ALVARO. (Torpe!) Porque Cárlos me ha dicho una porcion de veces que la modista de su mujer vive en esa calle.

MARIA. Es raro que Cárlos sepa...

ALVARO. Pues no te quepa duda... cuando yo te lo digo...

MARIA. Me basta.

ALVARO. Sigue.

MARIA. Oye. Yendo esta mañana una oficiala á probar á Clara unos trajes, vió el retrato de Cárlos y le reconoció.

ALVARO. Ya! Luego Cárlos tiene relaciones con la oficiala de la modista?

MARIA. No.

ALVARO. Entónces... la oficiala de la modista es quien tiene relaciones con Cárlos?

MARIA. Tampoco.

ALVARO. Pues no lo entiendo.

MARIA. Déjame concluir. Segun la oficiala dijo, Cárlos se pasa los dias haciendo el oso á Ángeles.

ALVARO. Á Ángeles?

MARIA. Sí.

ALVARO. (Ah! infame! Ah! ingrata!)

MARIA. Qué dices?

ALVARO. Digo... que ahora comprendo los celos de Clara, sus contínuas disputas.

MARIA. Pues aún hay más.

ALVARO. Más aún? Cuenta...

MARIA. Clara, segun ella dice, ha encontrado á su marido un retrato de Ángeles.

ALVARO. Otro retrato?

MARIA. Cómo otro?

ALVARO. Un retrato? es igual. (Y decía la pérfida que no tenía más que el que me dió á mí!)

MARIA. Figúrate la sorpresa de Clara al ver hoy aquí á Ángeles.

ALVARO. Ya me lo figuro.

MARIA. Luégo, como dió la coincidencia de que al entrar vosotros á Ángeles le dió aquel accidente.

ALVARO. (Claro está! Nos vió á los dos, y quiso eludir el compromiso. Fíese usted de las mujeres! Y mi hermano?... Mi bendito hermano! Si no hay amor.., ni familia!)

MARIA. Clara asegura que es Ángeles.

ALVARO. (Pero por qué me sofoco si debo estar de enhorabuena?)

MARIA. Yo conozco á Ángeles desde la infancia, y me atrevería á jurar que no es cierto.

ALVARO. (Probada su infidelidad me libro de ella.)

MARIA. Y he mandado á buscarla, porque quiero que hoy mismo se ponga en claro semejante equivocacion.

ALVARO. (Abandono un compromiso que no puede dar ningun buen resultado.)

MARIA. Quiero probar hoy mismo la inocencia de Ángeles.

ALVARO. (Voy inmediatamente á romper con ella, á devolverla su retrato... (Registrándose.) Dónde está? Ah! Lo metí en el cajon de la mesa.) (Se dirige hácia la mesa.)

MARIA. Pero qué tienes? No oyes lo que te digo?

ALVARO. Sí, sí, pues no lo he de oir? (Y la llave? (Se vuelve á registrar.) Se la dí á Cárlos.. Á Cárlos! Gran Dios! Si será?...) María?

MARIA. Álvaro?

ALVARO. Dime. Tú has visto el retrato de Ángeles? El que Cárlos tiene?

MARIA. No; pero segun dice Clara es una miniatura.

ALVARO. Una miniatura?

MARIA. Metida en el secreto...

ALVARO. En el secreto?

MARIA. De una cartera.

ALVARO. De una cartera. Justo!

MARIA. Qué te pasa? Qué movimientos son esos?

ALVARO. Qué me pasa? Nada... Y dices que Ángeles va á volver?

MARIA. Creo que no tarde en venir.

ALVARO. (Ay! yo me pongo malo! digo... yo necesito ponerme malo!)

MARIA. Pero qué tienes?

ALVARO. No lo sé... un desasosiego... estos disgustos me afectan de un modo...

MARIA. Pues no vayas tú ahora á caer enfermo.

ALVARO. Enfermo? (Muerto es lo que estoy!) No... cá!... no será nada... con diez ó doce dias de cama y dos ó tres docenas de sanguijuelas...

MARIA. Álvaro!

ALVARO. Cuando te digo que no será nada...

ESCENA II.

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO. Señora?

MARIA. Qué ocurre?

CRIADO. La señorita Ángeles.

MARIA. Que pase al momento.

ALVARO. No!... al momento no!... Primero acompáñeme usted á mi cuarto.

CRIADO. En él he dejado el correo que acaba de llegar.

ALVARO. Está bien. Mira, María, lo que te suplico es que no me molesten; que me dejen descansar; que nadie entre á verme; nadie absolutamente.

MARIA. Ni tu hermano?

ALVARO. Nadie! (Dios mio, en qué pararán estas misas?)

ESCENA III.

MARÍA.

Qué enfermedad más repentina!... Que nadie entre á verle?... Si yo fuera celosa?... Bah! Qué idea! (El Criado cruza de la puerta del cuarto de Álvaro á la del foro.) Bien dicen que un loco hace ciento. Bonito dia de santo! Quiera el cielo que concluya mejor que ha empezado; que de la difícil entrevista que voy á tener con Ángeles resulte que es inocente.

ESCENA IV.

MARÍA y ÁNGELES.

MARIA. Ángeles?

ANGELES. María? He recibido tu carta y...

MARIA. Y vienes á saber lo que quiero? (Se sienta á la chimenea.) Pues siéntate á mi lado y hablemos como lo hacíamos hace quince años en Búrgos, cuando éramos niñas, cuando nos comunicábamos todos nuestros infantiles secretos, cuando juntas gozábamos de todos nuestros placeres, sentíamos todas nuestras penas. Siéntate y... (Ángeles se sienta al lado de María.) Pero... tú has llorado?

ANGELES. Yo?... no.

MARIA. Cómo que no? si aún tienes húmedas tus pupilas.

ANGELES. María...

MARIA. Ángeles, en vano intentas engañarte á tí misma; tú has llorado, y lágrimas en los ojos de una jóven soltera, rara vez las deja de producir el amor.

ANGELES. El amor?

MARIA. Sí, el amor. Vamos, ya adivino; habrás tenido alguna reyerta con tu novio y has echado mano de las únicas armas que tiene la mujer. Qué tontería! Seca tus ojos y nada temas. Esas son nubes de verano, que oscurecen

un momento el cielo, para que luégo salga el sol con más esplendor.

ANGELES. Nubes de verano?

MARIA. Él volverá á tí.

ANGELES. Volver?... Nunca!

MARIA. Tan grave ha sido la cuestion?

ANGELES. No, María, no hemos cuestionado.

MARIA. Entónces á qué viene tu llanto?

ANGELES. Lloro, María, porque soy la más infeliz, la más ultrajada de las mujeres.

MARIA. Qué dices?

ANGELES. Lloro, porque el hombre en cuyo cariño fiaba, con quien pensaba casarme... me ha engañado!

MARIA. Ángeles? (Dios mio!)

ANGELES. Lloro, porque ese hombre se presentó á mí bajo el nombre de Ricardo de Santa Marta, diciendo que era soltero y pidiendo á mi padre formalmente mi mano... y hoy...

MARIA. Hoy has descubierto que está casado y lleva otro nombre? No es así?

ANGELES. María?.. (Qué he hecho?)

MARIA. Dime la verdad, Ángeles, dime la verdad y nada temas; todo lo sé y en tan difícil situacion has encontrado en mí una hermana, no una amiga.

ANGELES. Pues si todo lo sabes, por qué me preguntas la causa de mi llanto?

MARIA. Porque segun lo que acabas de contar eres inocente.

ANGELES. Lo soy, te lo juro por la sagrada memoria de la que me dió el ser.

MARIA. Entónces seca tus lágrimas, que no debes llorar. Alguien viene? (*Mirando al foro.*) Es Cárlos. (Dios me lo envia.) Ángeles? Entra en ese cuarto y espera á que yo te llame.

ANGELES. Adios, María.

ESCENA V.

MARIA y CARLOS.

CARLOS. Pero, señor, que un hombre tan amigo de la paz como yo lo soy, tenga que huir de su familia para no estar en contínua guerra.

MARIA. Cárlos? Llegas á buen tiempo, tengo que hablarte.

CARLOS. Con respecto á?..

MARIA. Con respecto á tu horrible conducta.

CARLOS. (Lo dicho: dí frente al enemigo y se rompieron las hostilidades.)

MARIA. Comprometer así á una jóven honrada?

CARLOS. Y variaciones sobre el mismo tema. María, aquí lo único que yo veo comprometido es mi tranquilidad y mi paciencia. Gracias á Dios de nada tengo que arrepentirme. Ni soy seductor, ní lo he sido en mi vida, ni mi carácter es apropósito para ello.

MARIA. Aún te atreves?..

CARLOS. Me atrevo y me atreveré siempre.

MARIA. Y si yo te dijera que ella misma me lo ha confesado?

CARLOS. Ella?.. (Señor! en dónde estoy?) Pero quién es ella?

MARIA. La infeliz á quien intentabas engañar infamemente.

CARLOS. Yo?

MARIA. Tú: y no lo niegues, porque te repito que ella misma me lo ha contado todo.

CARLOS. Ella! (Decididamente soy infiel sin saberlo.)

MARIA. Sí, Cárlos, sí. Ella ha sido franca conmigo y tú debes serlo tambien. Reflexiona que una confesion sincera y un verdadero arrepentimiento, son los medios mejores de que todo se arregle. Clara es buena, te ama con delirio y te perdonará; qué madre no perdona al padre de sus hijos?

CARLOS. Pero si yo no he delinquido. Hay tal empeño!

MARIA. Conque no?

CARLOS. No, y mil veces no!

MARIA. Está bien: veremos si ahora te atreves á negarlos! Ángeles? (Llamando.)

ESCENA VI.

DICHOS y ANGELES.

MARIA. (Cogiendo de la mano á Ángeles y presentándola á Cárlos.) Cárlos, esta es mi amiga de la infancia.

CARLOS. Muy señora mia.

MARIA. Señora?

CARLOS. Digo, me parece que no será ningun caballero disfrazado?

MARIA. (Qué dice?) Ángeles? háblale tú, confúndele.

ANGELES. Yo, al señor? si no le conozco.

MARIA. Que no le conoces?

ANGELES. Al ménos no recuerdo dónde ni cuándo le haya podido ver.

MARIA. (Qué es esto?) (Á Cárlos.) Y tú?

CARLOS. Yo sí: recuerdo perfectamente que esta es la segunda vez que veo á esa señora. No es la que se desmayó esta mañana?

MARIA. (Dios mio!) Luego es verdad que no os conoceis?

ESCENA VII.

DICHOS y CLARA.

CLARA. (Que ha oido las últimas palabras de la escena anterior.) Mienten si tal dicen!

CARLOS. (Mi mujer! Ya pareció aquello!)

ANGELES. Señora...

CLARA. Mienten los dos!

ANGELES. Yo?

CARLOS. (Marchándose.) Abur!

CLARA. (Deteniéndole.) No, no se irá usted sin haber confesado ántes su amistad hácia esta jóven. (Por Ángeles.)

CARLOS. Mi amistad?

ANGELES. Hácia á mí?

CLARA. Sí señora, y esto es lo mejor que puedo pensar, porque únicamente á un amigo ó á un amante entrega una mujer su retrato.

CARLOS. (Qué dice?)

ANGELES. Y el señor tiene?...

CLARA. El señor tiene su retrato de usted.

CARLOS. Yo? Dios mio! Estoy en Leganés!

CLARA. Basta de exclamaciones, basta de fingimiento! Devuelva usted á esta señora su retrato.

CARLOS. Pero qué retrato?

CLARA. El que tiene usted en la cartera.

CARLOS. Cartera yo?

CLARA. La lleva usted en el bolsillo del pecho, en el gaban.

CARLOS. (Sacando la cartera de Álvaro.) Calla! Pues es cierto! Pero esta cartera no es mia. (Con inocencia.) Es de Álvaro.

MARIA. (Con sorpresa y dolor.) De mi marido!! (Se agarra á la butaca.)

CLARA. (Alegre.) De veras? (Reparando en María.)

CARLOS. Ah! luego Álvaro?... (Gran Dios! Qué he hecho!)

ESCENA VIII.

DICHOS, el CRIADO, y despues ÁLVARO.

CRIADO. Señora? Esta carta de Inglaterra me ha dado el amo para usted. (María la toma. El Criado se va.)

MARIA. De Inglaterra? De Emilio! De mi hijo! Hijo de mi vida! (Anegada en llanto y besando la carta, cae en la butaca.)

TODOS. (Dirigiéndose á María.) María?

MARIA. (Ahogándose con las lágrimas.) Dejadme llorar!! (Pausa, durante la cual María seca sus lágrimas, abre la carta y empieza á leer. Álvaro se va acercando poco á poco á ella, de suerte que al terminar la carta, esté arrodillado á los piés de María.) «Mi »querido papá: el dia que recibas esta, será el de tu »santo; quiera Dios que lo pases tan feliz como yo de»seo, y sí lo pasarás, porque la Vírgen no da nunca »penas á los buenos.» Pobre Emilio. «Ay! papá de mi »alma! Si vieras qué contento estoy? cada dia más, por-

»que cada dia adelanto más en mis estudios, y me voy »haciendo más hombre á fuerza de juicio y de instruc- »cion. Y pensar que todo te lo debo á tí, á tí y á mi »mamá, á los dos, á mis queridos padres.» Hijo de mi alma. «Á mi mamá... para darte una prueba de que si »tú la tienes siempre en el pensamiento, yo tambien la »tengo; he hecho su retrato de memoria, he hecho su re- »trato de memoria y te le envío.» Mi retrato?... (Lo saca del sobre y lo llena de besos.) Hijo de mis entrañas! «Era mi »prenda más querida. Guárdala bien, no la separes de tu »corazon, como no se ha separado del mio desde hace seis »meses que lo hice, consérvalo como la mejor de tus jo- »yas, y si, lo que no creo, alguna vez tuvieres algun mal »pensamiento, haz lo que yo he hecho todos los dias al »despertarme: bésalo, haciendo la señal de la cruz; que »esa imágen y la de Dios te separarán de cuanto malo »intentes.» No puedo más. (Secándose las lágrimas.) «Adios, papá mio: quiere mucho á mamá, que yo, ya sé »que ella te quiere á tí, y no os olvideis los dos de vuestro hijo: Emilio.»

ALVARO. Perdon, María!

CARLOS. (Á Álvaro con intencion.) Perdon?... sí, María es buena, te ama con delirio, y te perdonará. Qué madre no perdona al padre de sus hijos?

MARIA. (Son mis palabras.) Cárlos? Dame esa cartera. (La coge y se la da á Álvaro.) Tome usted, cuando Ángeles Montalvan haya perdonado á Ricardo de Santa Marta, venga Álvaro Vargas á solicitar el perdon de la que aún puede ser su mujer.

ANGELES. María?...

MARIA. Nada me digas; pesa el crímen cometido y sé juez inexorable.

ANGELES. Su crímen ha sido la intencion...

CARLOS. Pues hay circunstancias en que con la intencion no basta.

ALVARO. (Que se ha levantado en cuanto recibió la cartera.) Ángeles?...

ANGELES. Yo le perdono á usted, pero y mi pobre padre?

CARLOS. De que su padre de usted conceda su perdon, me encargaré yo.

CLARA. Y yo.

MARIA. Tu padre lo será mio tambien.

ANGELES. (Abrazando á María.) María?...

MARIA. (Lo mismo.) Ángeles?... (Fijándose en ella.) (Es inocente.)

ANGELES. (Pasando á Álvaro á los brazos de María.) Á sus brazos.

MARIA. (Abrazando á Álvaro.) No los merece.

CARLOS. (Con tono doctoral.) Qué madre no perdona...

MARIA. (Sonriendo.) Basta!

CLARA. (Tirando de Cárlos y abrazándole,) Basta.

CARLOS. Basta?... Pues basta, y no nos volvamos á acordar del dia de hoy, que mañana... mañana al despertar no nos olvidemos ninguno del consejo del chico. Hagamos todos la señal de la cruz, (La hace en la frente.) para que Dios nos libre de los malos pensamientos.

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Consuelo... de tontos..................	1	D. S. María Granés....	L. y M.
Contra ira paciencia.................	1	Federico de Olona..	L.
Dudas y celos......................	1	C. Navarro..........	L.
El salto del gallego..................	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto................	L. y M.
Las damas de la Camelia.............	1	D. G. Moran...........	L.
Las ferias...........................	1	Sres. Barranco, Ossorio, Chueca y Valverde	L. y M.
Los dos cazadores....................	1	D. G. Cereceda.........	M.
Los duelos con pan son menos.	1	Sres. Povedano, Granés, y Prieto.	L. y M.
Ternera, siete 3.º....................	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
Fra diávolo..........................	3	Moran y Allú.......	L. y M.
La dama blanca..	3	Moran y Allú........	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.